



ACTO TERCERO

Salón de una casa amueblada en París, acomodada con gusto pero sin lujo. La habitación no muy grande y arreglada cuidadosamente. Chimenea a un lado; piano al otro lado. En la pared fotografías y cuadros. Puerta al fondo y dos laterales.

ESCENA PRIMERA

Sra. DUFRESNE, MELANIA; luego JULIETA

Al levantarse el telón la señora Dufresne está sentada (H.) terminando una carta, con el sombrero puesto dispuesta a salir. Suena el timbre y entra Melania (X.)

SRA. D. ¿Ha venido la nueva camarera?

MEL. No, señorita.

SRA. D. Es raro. Prometió venir a la una, sin falta... Son ya las dos...

MEL. No tardará quizás.

SRA. D. Me precisa salir ahora. Si viniese, le enseñaría usted su cuarto.

MEL. Bien, señorita. (Va a salir y se detiene.) El señorito, ¿comerá en casa?

SRA. D. No... Se ha marchado a Lyon. ¿Conoce usted a la señora Denoyer?

MEL. No, señorita.

SRA. D. Bueno, no importa... Esa señora vendrá.

MEL. Han llamado a la puerta de servicio... Será la camarera.

SRA. D. Vaya usted a enterarse. (Melania sale. La señora Dufresne escribe de nuevo hasta que aparece a pocos segundos Melania.)

MEL. Señorita, la nueva camarera.

SRA. D. Que pase. (Entra Julieta cubierta la cabeza con una capotita.) Aguardaba a usted más temprano.

JUL. La señora me dispensará. He venido con retraso porque he querido traer conmigo el baúl.

SRA. D. Bien... Sólo quería decirle que me molesta en extremo la menor falta de exactitud en todos los asuntos del servicio... En todo soy muy tolerante, menos en eso... Espero que lo recordará usted.

JUL. Sí, señorita.

SRA. D. Perfectamente. Haga usted que suban su baúl y colóquelo en el cuarto que le indicará Melania.

JUL. Muy bien, señorita.

SRA. D. ¿Se llama usted?

JUL. Julieta, para servir a usted.

SRA. D. Gracias; puede retirarse. (Poniéndose los guantes.) ¡Ah! Espere un momento... Aguardo esta tarde a una señora que se llama Denoyer; pero como he de salir ahora mismo, si durante mi ausencia llegase esa señora, la hace usted pasar y la ruega que haga el obsequio de aguardarse.

JUL. Muy bien, señorita.

SRA. D. ¿Recordará usted el nombre de la señora?

JUL. Señora Denoyer.

SRA. D. Bien. Adiós. (Sale por Z.)

ESCENA II

MELANIA y JULIETA

JUL. (Quitándose la capota.) ¿Hace mucho tiempo que sirve usted en esta casa?

MEL. Sólo quince días.

JUL. No es mucho.

MEL. Lo suficiente para tener ganas de abandonarla.

JUL. La señora...

MEL. Inaguantable... se ocupa de todo... Se pasa la mitad del día en la cocina.

JUL. ¡Pero no habrá que servir a mucha gente!

MEL. No. Tres personas a lo sumo; mejor dicho, dos, porque el señorito se pasa la vida viajando. Ayer llegó de Saint Etienne y hoy se ha marchado a Lyon.

JUL. El señorito no molestará mucho.

MEL. El señorito no, pero molesta por los dos la señorita. No le deja a una tranquila ni un segundo; quiere verlo todo, escudriñar-lo todo; le juro a usted que me restan pocos días de estancia en esta casa... Pero usted, ¿no se ha informado antes de venir?

JUL. De poco sirven los informes. Prefiero vencerme sobre el terreno. Por lo pronto ya sé que la señorita es joven y bonita, y para una camarera parisiense viste mucho tener un ama de estas condiciones. ¿La señorita sale muy amenudo?

MEL. No.

JUL. ¿Y vienen muchas visitas?

MEL. Tampoco.

JUL. ¡Ah, vamos! ¿Uno solo?

MEL. Ca, hija mía. Veo que no me ha entendido... (Con desdén.) Es una infeliz: tonta y sosa.

JUL. ¡Una mujer tan bonita... y con el marido viajando constantemente!... ¡Quién lo dijera!

MEL. Se pasa los días aguardando a su marido y entregada a la inspección de la batería de cocina... (Llaman fuera.) ¿Han llamado?

JUL. Será la visita que espera la señorita. Voy a abrir.

MEL. Luego le enseñaré su cuarto. (Salen Melania (X) Julieta (Z). Un instante después entra Julieta seguida de Zazá y Simona.)

ESCENA III

JULIETA, ZAZÁ y SIMONA

(Zazá se adelanta hasta el piano. Simona permanece junto al umbral como no atreviéndose a entrar.)

JUL. En tal caso, ¿es usted la persona a quien aguardaba la señora?

ZA. Sí, sí...

JUL. ¿La señora Denoyer?

ZA. Denoyer. Sí, justo. La señora Denoyer.

JUL. La señora ha dicho que permanecería fuera una hora y que si usted llegaba tuviese la bondad de aguardarla.

ZA. Sí, sí... Aguardaremos... (Sale Julieta.) ¡Ya nos hemos introducido! Parece que aguardaban a una señora Denoyer... No tendría nada de particular que yo me llamase Denoyer... ¿Lo ves? No ha sido tan difícil como imaginábamos.

SIM. Me falta aliento para hablar.

ZA. ¿Y por qué?

SIM. (Acercándose a Zazá.) Por si nos echan.

ZA. Sí, nos echarán. Pero no antes de que yo diga cuanto tengo que decir; te lo juro. Desafío a quien intente hacerme callar.

SIM. ¿Pero será esta la casa de Bernardo? (Examinando el salón.)

ZA. Sí, sí; es su casa, o mejor dicho, es la casa de los dos.

SIM. ¿Qué?

ZA. ¿No has oído a la camarera? El señorito está fuera y la señorita acaba de salir. Cascart tenía razón. ¡Vive con otra! Aunque no descubriese otra cosa, no me pesa haber subido a este tercer piso.

SIM. Vámonos, pues.

ZA. ¿Irnos? ¿Ahora que tengo la certeza de que

- vive con otra? ¡Ah, no! Yo no me voy hasta conocer a esa señora... Tengo curiosidad por verle la cara.
- SIM. Por Dios, Zazá... Yo estoy temblando...
ZA. Márchate si quieres... Vete si temes que se nos ha de comer... Yo me quedo.
- SIM. ¿Pero cuando esa señora vuelva?
ZA. Precisamente es lo que estoy esperando.
- SIM. ¿Y si llega él primero?
ZA. ¿Bernardo?
SIM. Sí; si él nos encuentra aquí...
ZA. Pues... si es él... si es él... no tendrá más remedio que vernos.
- SIM. ¿Ve como tampoco está usted tranquila?...
ZA. Tranquila... tranquila... ¿Acaso he dicho que lo estuviese? Si estuviese tranquila no estaría en esta casa, sino en la mía... En esta casa que tiene un no sé qué, que me disgusta y me subleva los nervios...
- SIM. Pues es muy bonita.
ZA. Bonita, ¿eh? Está mejor que la tuya, ¿verdad?
- SIM. Ya lo creo.
ZA. Sí, y mejor que la mía también... Muy bonita... demasiado bonita.
- SIM. ¿Por qué?
ZA. Porque se vé que la ha arreglado una mujer... Sin decirnoslo hubiéramos adivinado que había una mujer en esta casa... Se la vé aquí... se la sientel... Mira, fijate: esta salita no es la de un hombre soltero... ¡Un piano! No puede ser para él que es un concertista que sólo sabe tocar con un dedo... Será para ella que debe tocar infernalmente. Mira, mira con que cuidado está arreglado todo... En todo se ve la mano de una mujer... y de una mujer amante y cuidadosa de su nido... Cuando llega a París debe estar aquí con ella como en la gloria. Y deben abrazarse y retozar juntos al piano. Le gusta la música a la señora,

- ¿eh? Pues no quedará descontenta de la serenata que le voy a dar.
- SIM. Por Dios, Zazá. ¿Qué piensa usted decirle?
ZA. No lo sé. ¿Crees que traigo estudiado el discurso? La diré... ¿Qué sé yo? La diré que todo eso no sirve para nada, que estos muebles también arreglados y estos sillones tan limpios y cepillados y este saloncito tan hermoso y confortable no impiden que los abandone para venir a mi casa, a mi cuchitril desarreglado y mal barrido... Ya sabes cómo tengo que reñir a Rosalía porque tiene horror a coger una escoba. (Pausa.) ¿Sabes tú en definitiva qué significa todo este aseo y todos estos cachivaches?... Pues que me ama, y que soy la preferida. ¡Pues ya estamos aquí de sobra!
- SIM. (Pensativa y como hablando consigo misma.) ¿Qué clase de mujer será? (Examinándolo todo.) ¡Una mujer muy correcta, muy aseada, muy cuidadosa! ¡Esto salta a la vista! Mira, mira, como está este piano. De tanto frotar le han sacado lustre. Esa mujer debe aburrir a sus criados y a su amante con tanto aseo. Se pasará la vida zurciendo ropa blanca y rellenando con ella los armarios... ¡Me daría horror una mujer así!.. Apuesto a que debe armar un escándalo a Bernardo cuando se presenta con un salpicón de barro, o en cuanto deja caer en la alfombra la ceniza del cigarro. ¡Pobre Bernardo! ¡El que es un poco Adán! ¡Esta casa debe parecerle un infierno!
- SIM. Quién sabe si esa señora no será lo que suponemos.
ZA. Pero que tonta eres. Si es más claro que el agua. No se pasaría los días conmigo si viviese satisfecho al lado de ese vejestorio. Cascart dijo que era una señora joven y guapa...
SIM. ¿Y quién hace caso de lo que dice Cascart?
ZA. Su único propósito era hacerme romper

con Bernardo. Es muy natural y no le guardo rencor por ello... Yo hiciera lo mismo en su caso... Que era joven y bonita, dijo... ¿Y él qué sabe? Mira, fijate... cerrada la ventana y cubierta con cortinas para impedir que se cuele la luz y deje ver demasiado claro. Sólo se le ocurre a una vieja semejante cosa. (Escudriñando halla un devocionario.) ¡Un devocionario!.. ¡Beata! No le faltaba más que esto. ¡Vieja presumida y beata! Oh, no puedo permitirlo... Ya ves como no puedo abandonarle, corriendo tan grave peligro. ¡Pobre Bernardo! ¡Yo te libraré de la tiranía de esa arpia!

SIM. Si no se ha librado él, es que no le habrá convenido.

ZA. ¿El? ¡Pobrecito! tiene demasiado buen corazón. De seguro no ha roto con ella por no darle un disgusto.

SIM. ¡Quién sabe! ¿Qué es? (Zazá, inmóvil, lee el sobre de una carta que halla encima la mesita.)

ZA. ¡Mira esta carta! (La toma.)

SIM. ¿Qué va usted a hacer?

ZA. Bien puedo leer el sobre. ¿Hay algún mal en ello?

SIM. No... ¿Qué dice?

ZA. (Leyendo.) «Señora Dufresne, 87, calle Chateaudun»...

SIM. ¿Señora Dufresne?... ¡Está casado!

ZA. ¡Casado! No quiere decir que esté casado... Ella se hará llamar así.. No sería la primera... Si yo viviese con Bernardo, antes de tres meses todos los vecinos me llamarían la señora Dufresne.

SIM. Claro: pero si no fuese así...

ZA. (Absorta fija la vista en la carta.) ¿Cómo podríamos saber?... ¿Quizá en esta carta?

SIM. ¡Oh! ¡No la abra V. por Dios!

ZA. Está abierta... y despues de todo, he venido a informarme... (Abre el sobre y lee.)

SIM. ¡Oh!

ZA. (Leyendo.) «Querida amiga: puesto que se

halla en París tu marido...» (Parándose bruscamente y cesando de leer, pero conservando fija la vista en la carta.) Tu marido... Está casado. (Después de una larga pausa, Simona se adelanta y coge por brazo a Zazá.)

SIM. ¡Vamos! ¡Vámonos!

ZA. (Violenta.) ¿Para qué? ¿Imaginas que me importa algo que esté casado o no? ¿No vemos acaso todos los días maridos que no aman a sus mujeres? Precisamente por eso se ha inventado el divorcio... No, no quiero marcharme sin verla... He de saber si es a ella o a mí a quien ama.

SIM. Zazá, alguien viene...

ESCENA IV

Dichas, TOTÓ.

(Se abre la puerta y entra una niña de siete a ocho años vestida con sencillo traje de casa. Entra bruscamente (x) corre hacia el piano deteniéndose tímida al aperebir a Zazá y Simona, que juntas al lado del velador están inmóviles ante la niña. Zazá con gran emoción coge del brazo a su amiga sin apartar los ojos de la niña.)

SIM. (Bajo a Zazá.) Zazá, Zazá. ¡Una niña!

ZA. (Temblando y con una gran emoción.) ¡Una niña! ¿Quién será? ¡Dios mío!

SIM. Su hija seguramente.

ZA. (Como aturdida.) ¡De Bernardo!

SIM. ¡Qué hermosa es!

ZA. Sí, se le parece. Háblale, dile algo... yo no sabría.

SIM. (A Totó.) Señorita ¿la hemos asustado a usted?

TOT. (Con timidez.) No, señora... Venía para estudiar mi lección de piano. No sabía que estuviesen ustedes aquí...

- SIM. ¿Estorbamos quizá?
TOT. ¡Oh! no, señora. ¿Aguarda usted a mamá?
SIM. ¡Sí, señorita!
TOT. ¿Y esa otra señorita también?
ZA. Sí.
TOT. Mamá probablemente tardará un rato en volver. Si ustedes quieren sentarse. (Se sienta E.)
- ZA. (Sentándose C. Simona D.) ¿Cómo te llamas?
TOT. Antoñita Dufresne... Pero todos me llaman Totó.
- ZA. ¿Totó?
TOT. Sí... Y usted ¿cómo se llama señora?
ZA. Yo me llamo Za... (Corrigiéndose) me llamo la señora Denoyer.
- TOT. ¡Oh no!
ZA. ¿Cómo?
TOT. ¿Por qué dice usted que es la señora Denoyer?
ZA. ¿Pero?
TOT. La señora Denoyer es conocida mía y no se le parece a usted. Es más morena y es una señora muy formal y muy distinguida...
ZA. (Bajo a Simona.) ¿Has visto?
TOT. ¿Por qué ha dicho usted que era la señora Denoyer? Mamá dice siempre que no se debe mentir.
- ZA. Pero ¿por qué no puedo ser yo también la señora Denoyer... No se necesita ser morena para llamarse Denoyer.
TOT. En este caso, ¿es usted otra señora Denoyer?
ZA. ¿Ves tú?
TOT. ¿Por qué me tutea usted?
ZA. ¿Por qué te?... ¿Por qué la tuteo? La he tuteado por qué... porque te pareces a una persona a quien quiero muchísimo...
TOT. Todo el mundo dice que me parezco mucho a papá... ¿Le conoce usted?
ZA. No... No... ¿Le quieres mucho, no es cierto?
TOT. Muchísimo... Nunca estoy más alegre que cuando sé que va a llegar...

- ZA. ¿Y cuando llega?
TOT. Hace cerca de seis meses que no le vemos.
ZA. ¡Seis meses!
TOT. Sí; hemos estado todo ese tiempo mamá y yo en casa de mi abuelita que estaba muy delicada.
- ZA. ¿Sí?
TOT. Además, los negocios le obligan a estar ausente la mayor parte del tiempo. Cuando se case una hija mía prohibiré a mi yerno que tenga negocios... Afortunadamente dentro de poco nos iremos todos.
- SIM. ¿De París?
TOT. Sí; nos iremos a los Estados Unidos.
ZA. ¿Con su mamá?
TOT. Sí... Mamá ha dicho que no quiere que papá se vaya solo ¿Y su marido de usted qué carrera tiene?
ZA. Yo no tengo marido.
TOT. ¿Es usted soltera? Yo creí que estaba usted casada... ¿Entonces por qué la llaman a usted señora?
ZA. Soy viuda.
TOT. ¡Oh! ¡Qué triste debe ser para usted la vida!
ZA. ¡Sí!
TOT. ¿Y no tiene usted ninguna hija?
ZA. ¡No!
TOT. ¡Pobre señora!
ZA. La hubiera querido cómo a tí te quiere tu papá. ¿Te quiere mucho, verdad?
TOT. ¡Oh, sí! Hace cuanto yo quiero. ¿Cuando era usted niña la quería también mucho su papá, no es cierto?
ZA. No sé.
TOT. ¿Cómo?
ZA. ¡No le conocí nunca!
TOT. ¿Había muerto?
ZA. No.
TOT. ¿Estaba lejos de usted?
ZA. Sí. Tan lejos que jamás ha vuelto.
TOT. Y claro, no la llevaría a usted al teatro...

ZA. No.
TOT. ¡Oh! Pues papá nos lleva muy amonado...
¿Pero tendrá usted mamá?
ZA. Sí.
TOT. ¿Y la querrá a usted mucho?
ZA. Sí.
TOT. Cómo la mía.
ZA. Quizá no tanto como la tuya.
TOT. Mi mamá es muy buena y sólo se ocupa de mí... ¿La de usted no la mimaba mucho?
ZA. Mi mamá no se hallaba nunca en casa... y cuando llegaba a ella...
TOT. ¿No la acariciaba mucho?
ZA. Ni siquiera me besaba... por no despertarme... ¡Hija mía!... hay personas que han sido tan desgraciadas de niñas, tanto, que no se las debe acusar si son malas más tarde... No es suya toda la culpa...
TOT. Sí. Hay niñas muy desgraciadas... Las que no tienen que comer.
ZA. ¡Las hay aún más desgraciadas!
TOT. Las que no tienen papá.
ZA. Sí, hija mía; tienes razón... Es la mayor desdicha.
TOT. ¡Debe ser muy triste! ¡Yo me entristezco cuando papá está fuera! (Zazá se seca los ojos y se levanta.) ¿Llora usted, señora?
ZA. No... no... Has venido para estudiar tu lección de piano... ¿Quieres tocar delante de nosotras?
TOT. ¡Oh!
ZA. ¿Te da vergüenza?
TOT. No, señora... Pero toco muy mal... Probaré. (Totó toca dulce y lentamente, mientras Zazá que la ha acompañado al piano se deja caer en la silla E, sollozando. Simona junto a ella.)
SIM. ¡Zazá, por Dios!
ZA. (Secándose los ojos.) ¡Todo ha terminado!... ¡No bastaba que estuviese casado, precisaba que tuviese una hija!... Al verla, he comprendido que era imposible reconquistar

su cariño... ¡Ah! ¡Qué dichosas son algunas mujeres!... ¡Las han mecido cariñosamente en la cuna cuando niñas y han podido vivir honradas con el ser querido, con el padre de sus hijos!... ¡Si conocieran nuestras miserias... nuestra manera de vivir... cómo se forma nuestra alma, que sólo florece con el amor, con el amor que cómo ellas sentimos, pero que nos abandona muy pronto porque no hemos nacido para disfrutar la felicidad!... ¿Qué será de mí, Dios mío?

(Totó ha terminado. Se dirige a Zazá.)

TOT. ¡Usted llora todavía!... ¡Está usted muy triste! ¿Me permite usted que la dé un beso? (Movimiento de Zazá. Pausa.) ¿No quiere usted? (Zazá la abraza y la besa con emoción.) ¡Han llamado!... Debe ser mamá. (Se dirige hacia la puerta.)

SIM. (A Zazá.) ¿Qué vamos a decir ahora?

ZA. No temas... ¡Dios mío!

ESCENA ULTIMA

Dichas SRA. DUFRESNE. La señora Dufresne entra con Totó, que ha salido hasta la puerta.

TOT. Una señora te aguarda, mamá.

ZA. (Que hermosa es...)

SRA. D. ¡Señora!

ZA. (Turbada.) Señora, ruego a usted que nos dispense. Nos dirigíamos a otro piso y nos hemos equivocado... Usted aguardaba a una señora Denoyer y éste es precisamente mi apellido. Ahora mismo acabo de darme cuenta del error en que hemos incurrido. La ruego que me dispense... He tenido el gusto, mientras aguardaba, de conocer a su hija... ¡Debe usted ser muy